

LA MASACRE DE LOS INDEPENDIENTES DE COLOR EN CUBA EN LA HISTORIOGRAFÍA CUBANA (1912-2012)

> ALINE HELG

HISTORIADORA, UNIVERSIDAD DE GINEBRA, SUIZA

Cuando en 2003 pregunté al historiador santiaguero Joel James porque pesaba un largo y amplio silencio sobre el Partido Independiente de Color (PIC) y la matanza racista de 1912, contestó:

«Considero que se guardó silencio por parte de los blancos por la vergüenza de lo que ellos habían hecho, y por parte de los negros, por la vergüenza de lo que no podían haber hecho».

La respuesta fue tal vez corta y simplista, pero lo cierto es que la cineasta cubana Gloria Rolando fue la primera en tocar el tema en películas, empezando con la ficción *Raíces de mi corazón* (2001), y ahora con el documental *1912, Voces para un silencio*. Anteriormente, las contribuciones de historiadores y escritores habían sido contadas. Una revisión rápida de la historiografía cubana sobre el PIC y 1912 nos muestra que en Cuba siempre ha sido difícil enfrentar este dramático capítulo de historia.

De hecho, poco después de la masacre, dos libros escritos por cubanos blancos interpretaron la protesta armada de los Independientes de Color en 1912 como una «guerra racista» emprendida por algunos negros y mulatos cubanos contra los blancos de la isla y estimaron que la subsiguiente matanza significó la victoria «natural» de la «civilización

blanca» sobre la «barbarie negra.»¹ Después, un largo silencio cayó sobre estos acontecimientos y las ideas del PIC. Los tímidos intentos de crear otro partido de color en 1915 y en 1918 se enfrentaron a nuevas acusaciones de guerra racista contra los blancos y no se concretizaron. Sólo en 1939, en el contexto de los debates sobre la Constitución cubana de 1940 y los inicios del Afrocubanismo, Alberto Arredondo levantó el sigilo y calificó el PIC como un grupo importante de protesta contra el racismo y denunció la conformidad tácita de la mayoría de los cubanos blancos con la masacre de 1912.²

Sin embargo, fue el libro de Serafín Portuondo Linares en 1950³ [re-editado en 2002] que representó el primer estudio de fondo sobre el partido, basado en documentos del PIC, su periódico *Previsión*, en leyes, decretos y libros de sesiones del Congreso cubano, y en la prensa de Santiago y de La Habana. Portuondo destacaba el carácter social y popular del programa del PIC, su numerosa membresía y la represión que enfrentó en 1910, cuando centenares de Independientes de Color fueron detenidos y procesados por supuesta conspiración racista. Esa primera ola de represión llevó al Congreso a adoptar la Enmienda Morúa que ilegalizaba el PIC por supuesta violación de la igualdad garantizada por la Constitución cubana. En seguida, Portuondo analizaba la decisión del PIC de organizar una protesta armada el 20 de Mayo de 1912 para presionar el

Congreso y el Presidente Liberal José Miguel Gómez con el fin de que re-legalicen el partido. «Esta maniobra . . . de simular alzamientos, conturbar la paz pública . . . este procedimiento tan en boga en la época . . . [que] para otros constituyó éxito provechoso, para ellos resultó gravísimo error que pagaron a muy caro precio»: «la masacre» y la «carnicería dentro del monte», como la nombró el General José de Jesús Monteagudo encargado de la represión.⁴ Aun cuando Portuondo hace la hipótesis de que, en vez de alzarse en 1912, este «partido de desposeídos» hubiera podido utilizar su programa muy progresista para abrirse a sectores blancos, él resalta su necesario papel en la lucha contra el racismo anti-negro en Cuba.

Aunque Portuondo pertenecía al Partido Comunista Cubano, su libro provocó de inmediato críticas virulentas en el órgano del partido, *Fundamentos*, por no seguir la metodología marxista del materialismo histórico –específicamente, un análisis clasista de la sociedad cubana. *Fundamentos* argumentó que el PIC fue un producto de la intervención militar de Estados Unidos en 1898, la cual había abortado la revolución social iniciada por la Guerra de Independencia. La revista comunista culpó al PIC por dividir aún más a las clases trabajadoras cubanas al organizarse sobre bases raciales y por emplear métodos pequeño-burgueses, sectarios y anarquistas. Valoró la protesta armada de 1912 como una acción aventurera que ofreció el pretexto para la represión brutal. Sólo el marxismo-leninismo podía derrotar el racismo, concluyó uno de los artículos.⁵ Pero los críticos no pusieron los acontecimientos de 1908-1912 en su contexto, o sea antes de la primera guerra mundial, de la revolución bolchevique y la revolución mexicana, que iban a transformar las luchas sociales en los años 1920.

Después del triunfo de la Revolución en 1959, un casi-silencio sobre la lucha del PIC y su aniquilamiento cayó en Cuba. Sólo se puede señalar un artículo de Sergio Aguirre, «El cincuentenario de un gran crimen», publicado en *Cuba Socialista* en 1962, y otro de Leopoldo Horrego Estuch en *Bohemia* en 1967.⁶

Sin embargo, el volumen anónimo titulado *Historia de Cuba* y publicado también en 1967 por la Dirección Política de las Fuerzas Armadas Revolucionarias tenía cinco páginas subtituladas «El crimen horrendo» sobre el tema en su Capítulo 2: La república frustrada. Denunciaba «un crimen gratuito y deliberado que va a costar la vida a unos tres mil cubanos negros y mulatos . . . en su mayor parte, en el mes de junio de 1912». Por cierto, añadía:

«Estenoz y sus correligionarios, aun cuando no se lo propusieron turbiamente, tomaron el camino de la división del pueblo, no el camino de su unidad. Sintieron el dolor amargo

del sector [de color] al que pertenecían y trataron de aliviarlo por medio de la lucha, lo cual era leal y correcto. Pero no supieron orientarse con acierto».

La táctica equivocada del PIC fue de haber utilizado la misma estrategia que los veteranos de Ejército Libertador habían escogido con éxito en 1911: amenazar de crear un desorden público para obligar al gobierno a negociar, en el caso del PIC, la relegalización del partido. El libro seguía:

«En realidad [los Independientes de color] no tuvieron en cuenta que el racismo blanco iba a aprovechar el intento de presionar al gobierno por medio de un alzamiento para



«Secuela de horror y crímenes, dejó la represión contra el movimiento de los independientes de color», en *Historia de Cuba*

acusarlos de desatar la guerra de razas, concitando todo el odio de la población blanca contra ellos, y ahogando sus justas reivindicaciones en un mar de sangre.»

Describía las falsas informaciones y alarmas lanzadas por la prensa y el gobierno, que acusaban a los Independientes de color «de toda clase de crímenes y hasta de violación de mujeres blancas», cuando no se registró un solo caso de atentado contra la vida y el honor de las familias blancas. El juicio de *Historia de Cuba* sobre lo que llamaba «la matanza» de 1912 era inequívoco: fue «una explosión zoológica de violencia y de odio contra los cubanos de piel oscura», «una de las páginas más bochornosas de nuestra historia» que el libro ilustraba con tres fotos sin referencia (ver p. 38). Concluía:

«En resumen fue un movimiento que adoptó una táctica equivocada, en cuya raíz hallamos una necesidad totalmente justificada: la de luchar contra el acoso de que eran víctima, en todas las actividades de la sociedad, los cubanos negros y mulatos».⁷

A partir de 1970, con la institucionalización de la Revolución, los historiadores cubanos descuidaron la cuestión racial, desarrollando en su lugar estudios diseñados para promover la unidad nacional necesaria para construir el socialismo y resistir la amenaza de Estados Unidos. Por tanto, la mayoría de los estudios sobre el periodo que va de la abolición de la esclavitud en 1886 a los años 1930 se centró en las estructuras económicas, los héroes de la Guerra de Independencia, o líderes obreros. Varios contenían una breve sección sobre el PIC y 1912 basada en la interpretación de los artículos de *Fundamentos*.⁸ Se repetía que la Revolución de 1959 había proclamado la igualdad racial y se declararon el racismo y el «problema negro» asuntos del pasado, vinculados al capitalismo y al imperialismo de Estados Unidos. No se intentó investigar las raíces culturales del racismo. Simultáneamente, la experiencia singular de la «negritud» o la «afrocubanidad» fue borrada, y la única opción para los afrocubanos, fue, como antes, integrarse en la cultura dominante. Los negros y mulatos cubanos fueron vistos como «los más pobres entre las clases populares» y equiparados en los problemas ligados a la pobreza y la carencia. Se consideró que con la llegada del socialismo, los cubanos de ascendencia africana se convirtieron en iguales, y que el «problema negro» fue resuelto.

La obra más característica en este sentido fue la de Pedro Serviat, titulada *El problema negro en Cuba y su solución definitiva*. Primer libro tratando exclusivamente de este tema publicado después de 1959, salió en 1986 en conmemoración del centenario de la abolición de la esclavitud

cubana en 1886.⁹ Su título era sintomático: el problema no era el racismo, aún menos la dominación blanca ejercida sobre los sectores subalternos, sino que dejaba entender que el negro en sí era el problema. En cuanto a la «solución definitiva», por supuesto se trataba de la Revolución socialista. Serviat empezaba su estudio con la exterminación de los aborígenes por los españoles y el principio de la importación de esclavos africanos en el siglo XVI y concluía con el triunfo de la Revolución que erradicó «la vieja estructura socioeconómica que engendraba el racismo... [y] todas las ideas retrógradas sobre la existencia de razas superiores e inferiores», ofreciendo «una ejemplificante contribución a la lucha por la igualdad en América».¹⁰ Compuesto de nueve capítulos, dedicaba gran parte de su «Capítulo V: El problema negro en los primeros años de la república mediatizada» al PIC, basándose principalmente en el libro de Rafael Portuondo Linares. Después de presentar el programa del partido y su composición socio-racial, Serviat analizaba el PIC con criterios marxistas-leninistas: «no era un partido de clase, de raza, ni antimperialista», pero tenía «un carácter reformista». Seguía la interpretación de Blas Roca publicada en *Fundamentos* en 1951, escribiendo:

«El carácter sectario, pequeñoburgués y 'nacionalista' del partido era evidente, pues se demostró, sobre todo, en sus métodos de lucha individualista, en algunos vestigios de politiquería y en cierta confabulación con los Estados Unidos para que intervinieran en su favor».¹¹

Serviat focalizaba también en «la cacería humana y criminal» y la «bárbara matanza» contra los Independientes de Oriente en 1912, pero insistía en la «propaganda realizada por importantes voceros de la prensa de Estados Unidos y de Cuba» con «claro propósito intervencionista dirigido a fomentar la histeria racista y provocar la represión contra los negros dentro de la isla».¹² Sin embargo, en otra página, Serviat reconocía «El hecho de que los independientes de color exigieran demandas de profundo contenido político y social que implicaban cambios en la estructura semicolonial, las tradiciones y costumbres arraigadas por siglos». Añadía que «Tras el sangriento aplastamiento de la revuelta [en Oriente] se extendió una ola de represión contra la población negra, que sirvió para agudizar aún más la división nacional que ya existía» en toda la isla. ¿Cómo fue posible? ¿Cómo explicar el hecho de que en 1912, «los negros quedaron en el mayor aislamiento, no encontraron ninguna fuerza progresista organizada que los aconsejara y defendiera frente a la ofensiva de los racistas y el gobierno»? La explicación de Serviat era poco convincente: fue porque la mayoría de los gremios obreros estaban controlados por anarcosindicalistas, porque estaba el «partido socialista—de orientación marxista—. . . en proceso de desintegración

a causa de las contradicciones ideológicas que lo minaban», y porque los estudiantes carecían de organización». ¹³ Pero en tal contexto, ¿cómo el PIC hubiera podido agrupar todas las fuerzas progresistas de Cuba para liderar «un partido que se propusiera continuar la revolución mambisa interrumpida»? Sin entrar en un análisis del racismo en Cuba, Serviat dejaba la pregunta sin respuesta.

El 7 de febrero de 1986, el Presidente Fidel Castro clausuró el III Congreso del Partido Comunista de Cuba con un discurso en el cual lanzaba la campaña de Rectificación de errores y tendencias negativas, y también admitía que el racismo y la discriminación todavía afectaban la sociedad cubana. A raíz de eso, la proporción de negros y mulatos en el Comité Central dobló en comparación con 1980 para llegar al 28 por ciento en 1986—un clímax, pues volvió al 16 por ciento en 1991 y 13 por ciento en 1997, cuando según las estadísticas oficiales los afrocubanos representaban el 34 por ciento de la población total. ¹⁴

Sin embargo, el discurso de Castro abrió una oportunidad para publicaciones sobre la cuestión racial. En 1990, salió el libro de Tomás Fernández Robaina, *El negro en Cuba, 1902-1958. Apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial*, que por primera vez focalizaba en el «negro cubano» como actor principal de la lucha contra el racismo en el país. ¹⁵ Fernández ya había publicado en 1985 la pionera *Bibliografía de temas afrocubanos*, la cual ofrecía una mina de fuentes primarias publicadas principalmente por afrocubanos desde el siglo XIX. ¹⁶ Organizado cronológicamente, *El negro en Cuba* examinaba los movimientos de negros en Cuba, empezando por las rebeliones y conspiraciones de esclavos y libres de color durante la colonia. Analizaba varias organizaciones y publicaciones afrocubanas del final del siglo XIX hasta 1908 antes de focalizar en el PIC, su programa y su composición social popular, basándose en artículos del órgano del PIC, *Previsión*, sus manifiestos y testimonios de sobrevivientes de la masacre de 1912. En su estudio, Fernández insistía en que el PIC no era racista (contra los blancos) ni anexionista, sino que situaba su ideología en la herencia del pensamiento de José Martí que defendía «la Patria de todos y para el bien de todos». ¹⁷ Por consiguiente, la matanza del doce no era central en su estudio, que seguía después de 1912, examinando las luchas contra la discriminación por otros negros hasta los años 1950. Como Serviat, Fernández veía en el triunfo de la Revolución dirigida por Fidel Castro el fin del racismo institucionalizado—pero notaba que «el prejuicio es más lento de vencer». ¹⁸ Fue sobre la base de este libro y de su *Bibliografía de temas afrocubanos* que Fernández organizó los cursos de historia afrocubana en la Biblioteca Nacional José Martí que despertaron el interés de muchos cubanos, entre ellos de los jóvenes Ariel Fernández Díaz y Sekou ya citados en este ensayo en la página 6 de este boletín.

Y fue durante estos años de Rectificación que investigué en las bibliotecas y archivos de Cuba para mi libro *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*, publicado en Estados Unidos en 1995. ¹⁹ En ese ámbito de reconocimiento tímido de que la discriminación racial no había desaparecido en Cuba, pude contar con la ayuda de bibliotecarios, archivistas, historiadores, etnólogos y artistas que me facilitaron el acceso a fuentes olvidadas o «reservadas» y que intercambiaron ideas e interpretaciones conmigo. En estos años también, las investigaciones sobre la transición de Cuba de la esclavitud racial y el colonialismo español a la «república» sometida a la Enmienda Platt se multiplicaron, permitiendo un conocimiento más profundo de la complejidad de este periodo. Todavía no era posible cuestionar públicamente los mitos fundamentales de la nación cubana, tales como la supuesta fácil integración social de los esclavos (en comparación con el Sur de los Estados Unidos) después de la abolición en la década de 1880; la fraternidad racial que hubiera existido en los ejércitos luchando por la independencia en las guerras de 1868-1877, 1880-1881 y 1895-1898; y la responsabilidad exclusiva del imperialismo estadounidense en la destrucción de esa una armonía racial cubana a partir de su intervención militar en 1898. No se estudiaba el racismo y la discriminación racial después de la independencia en 1902 como rasgos de una sociedad que había importado esclavos del África hasta 1866 y practicado la esclavitud hasta 1886. Pero estos temas, que tocaban al PIC y la masacre de 1912, se discutían en privado.

En el marco comparativo de las Américas, mi libro buscó explicar las raíces de la movilización extraordinaria de los afrocubanos después de 1886 y la magnitud de la masacre racista de 1912 que descubrí en los archivos de Cuba, Estados Unidos, España, Gran Bretaña y Francia. Quise destacar los diversos medios con que los afrocubanos lucharon por ser reconocidos como iguales a los blancos, en teoría, en política y en la vida cotidiana durante el crítico proceso de transición de Cuba de una colonia española a una nación «independiente» bajo control de Estados Unidos. Se distinguieron por sus conspiraciones y rebeliones contra la esclavitud y por su alto nivel de participación militar voluntaria en las guerras patriotas, asociando la lucha independentista primero con la abolición y posteriormente con la reforma social. Después de 1898, no aceptaron volver a un estatuto de subalternos y quisieron la concretización de la igualdad garantizada por la Constitución de 1901. Eso explicaba la organización exitosa del PIC, primer partido político de negros en las Américas, con un programa dirigido hacia las clases populares en general pero también con demandas explícitas en contra de la discriminación racial y a favor de la igualdad social concreta de los afrocubanos.

En cuanto a la masacre de 1912, no fue casual ni un medio de evitar otra ocupación militar estadounidense, sino que

tenía raíces tan profundas como la movilización centenaria de los afrocubanos. Hay que acordarse de que a principios del siglo XIX, Cuba se benefició de la Revolución haitiana para transformarse en la principal exportadora de azúcar del mundo, gracias a la importación de 752,000 esclavos africanos entre 1791 y 1866. En ese proceso surgieron varios fantasmas respecto a los negros: él de una revolución negra sobre el modelo haitiano, él del negro brujo y el negro vengador y violador de mujeres blancas. En momentos de crisis, como en 1812, 1844 y las guerras de independencia, estos fantasmas se reactivaban para movilizar a los blancos y reprimir a los afrocubanos. Además, a partir de 1902, la ideología oficial promovió la superioridad blanca. El gobierno cubano lanzó políticas de subsidio a la inmigración europea, dirigidas al gradual «blanqueamiento» de la población y lanzó campañas de erradicación de las culturas africanas bajo el pretexto de luchar contra la brujería, lo que marginalizó todavía más a los afrocubanos. Simultáneamente, como la constitución cubana de 1901 garantizaba la igualdad y el sufragio masculino universal, la elite cubana blanca la agitaba y resaltaba los mitos de la fraternidad racial en las guerras nacionalistas y de la suavidad de la esclavitud cubana para aniquilar toda denuncia de racismo o discriminación por los afrocubanos. La combinación del mito de la igualdad racial con estereotipos y fantasmas anti-negros colocó a los afrocubanos ante un dilema insoluble. Si suscribían a la idea que la igualdad existía, debían además conformarse con la visión negativa sobre los negros. Si negaban la realidad de la igualdad o si profesaban a la vez su negritud y su nacionalismo, se exponían a ser acusados de racistas y antipatriotas—lo cual justificaba su represión violenta.

Fue lo que ocurrió con la masacre de 1912. No fue una «guerrita de los negros», sino un desbordamiento del racismo de los blancos contra los afrocubanos, miembros o no del PIC, que reveló los estrechos límites de la igualdad racial y de la libertad política de los negros en Cuba. Su fin no fue sólo eliminar a los líderes y seguidores del PIC sino también llevar a toda la población afrocubana al conformismo mediante el terror. En 1912, la violencia contra los negros no fue sólo física, sino también simbólica, a través de caricaturas utilizando los estereotipos centenarios (las amenazas de una revolución al estilo de la haitiana, el miedo al negro brujo y a la bestia negra), que servían para movilizar a los blancos contra los afrocubanos.

Al contrario de *Fundamentos* en 1951 o *Serviat* en 1986, en mi análisis de la masacre, no focalicé en el PIC y su estrategia supuestamente equivocada sino en la respuesta del gobierno y la elite blanca. A la altura de 1912, tanto la elite blanca como las clases populares cubanas se sentían amenazadas por las cambiantes condiciones socioeconómicas y políticas de la Isla. Muchos cubanos blancos se sentían

atrapados entre los imperialistas norteamericanos y los inmigrantes españoles, en la cima, y el PIC, en la base. Esta situación creó un intolerable sentimiento de inseguridad en la élite política cubana, que decidió dirigir sus sentimientos y sus frustraciones contra la minoría racial negra y mulata, como un medio para recuperar la confianza en su propia superioridad. En 1912, ante la amenaza de otra intervención militar de Estados Unidos, en vez de movilizar a todos los cubanos en favor de la independencia real del país, la élite política envió tropas y voluntarios a combatir contra una ficticia «guerra racista» de unas centenas de militantes del PIC. Esto le permitió ganar una batalla en nombre de la supremacía blanca—como señalaron varias valoraciones que se hicieron entonces—en momentos en que los intervencionistas blancos estadounidenses empleaban la misma teoría de supremacía racial para dominar a la totalidad de los cubanos.

Cuando, en 2000, mi libro salió en traducción española en Cuba, bajo el título *Lo que nos corresponde: La lucha de los negros y mulatos por la igualdad en Cuba, 1886-1912*,²⁰ inició un nuevo interés en el PIC. Por cierto, mi énfasis en el racismo de la sociedad cubana de principios del siglo XX creó polémicas, pero las caricaturas profundamente racistas de la prensa cubana de la época que por primera vez reproducía mi libro confirmaban de manera innegable esa dimensión social.

Siguió, en 2002, la reedición del libro ya comentado de Portuondo, con una importante introducción de Fernando Martínez Heredia, y el libro de Silvio Castro Fernández con el título inequívoco de *La Masacre de los independientes de color en 1912*.²¹ En 2006 y 2007 dos estudios buscaron matizar la visión nacional por la historia regional de Oriente. En particular, el libro de María de los Ángeles Meriño mostraba la agudización de las tensiones sociales a raíz de la expansión de compañías estadounidenses después de 1900. Sin embargo, su intento de limitar la responsabilidad directa del Ejército cubano en la masacre de 1912 y de reducir a menos de 500 el número total de víctimas por el recurso a registros de defunciones y cementerios contradice las estadísticas militares y las descripciones de testigos en la época, así como la historiografía de las masacres en general, pues la característica de éstas es dejar los muertos sin sepultura o esconderlos en fosas comunes.²²

Últimamente, en 2010, Rolando Rodríguez presentó un análisis revisionista en su libro, *La conspiración de los iguales*.²³ De cierta manera, regresó a la interpretación propuesta en 1974 en una obra publicada en Montevideo por Rafael Fermoselle²⁴, el cual utilizó la correspondencia del embajador y los cónsules estadounidenses en Cuba y sus documentos anexos disponibles en los Archivos

Nacionales en Washington para sustentar que los líderes del PIC eran corruptos y manipulados por círculos interesados en promover una nueva intervención militar o la anexión de Cuba a los Estados Unidos.²⁵ En su acusación, tanto Fermoselle como Rodríguez descartan los argumentos del propio embajador estadounidense en La Habana, Arthur Beaupré, que señaló que si esta teoría hubiese sido cierta, los Independientes hubiesen dedicado sus primeros esfuerzos a destruir propiedades norteamericanas, cosa que no hicieron.²⁶

Según Rodríguez, aunque había racismo en Cuba a principios del siglo XX, con su protesta armada de 1912 el PIC quiso repetir la rebelión de los Liberales de 1906 apostando por Washington. Lo hicieron «evocando la Enmienda Platt para que se les hiciera 'justicia'», «ensalzaban en sus escritos a los dirigentes políticos de Estados Unidos y a la Gran Nación», cuando «los cubanos, blancos y negros» odiaban a esta enmienda y a los dirigentes estadounidenses y temían, más que un levantamiento negro, otra ocupación que causaría una guerra y «miles y miles de víctimas cubanas». Por consiguiente, «si la nueva insurrección podía traer la pérdida de la república, había que liquidar ese alzamiento como fuera».²⁷ De aquí el título, *La Conspiración de los Iguales: una conspiración contra la república por cubanos negros*, aunque eran iguales según la Constitución cubana. En otras palabras, los Independientes eran conspiradores, y la masacre de 1912 fue horrorosa y cruel, pero necesaria para evitar otra ocupación o una anexión a Estados Unidos mucho más costosa en vidas y para el futuro de Cuba. Aparentemente, pues, el título escogido por Rodríguez no tiene conexión con la famosa Conspiración de los Iguales de 1796 encabezada por el revolucionario francés Gracchus Babeuf, que buscaba no solo la «igualdad transcrita» en la Declaración de los Derechos del Hombre sino «la perfecta igualdad» y la «felicidad común» para hombres y mujeres gracias a la colectivización de las tierras y de los medios de producción—un programa con el cual los Independientes hubieran podido identificarse. Última tentativa de la Revolución francesa para re-establecer un régimen popular, dicha conspiración condujo Babeuf y sus compañeros a la guillotina.²⁸

Después de plantear su tesis, Rodríguez dedica más de tres páginas (p. 6-9) a las inexactitudes que yo, «la Helg» (*sic*, p. 6), hubiera cometido en *Lo que nos corresponde*, a pesar de que haya sido cuidadosamente revisada hace más de doce años por el historiador Eduardo Torres Cuevas y el traductor, el lamentado José Antonio Tabares del Real. A pesar de sus reprimendas, Rodríguez considera mi trabajo como suficientemente legítimo como para basar gran parte de la información de su estudio en él. Así que, en vez de contestar los detalles que decretó equivocados en mi libro, le agradezco por haberle dado una nueva vida cuando otro

historiador cubano, Oscar Zanetti, decidió excluirlo de su reciente historiografía de Cuba en el siglo XX.²⁹ La repetida mención de mi libro en las notas de pie de páginas a lo largo de *La conspiración de los iguales*, junto con las menciones de los libros de Portuondo, Fermoselle, Castro y Meriño, demuestra cuanto se ha apoyado en mi trabajo. Al mismo tiempo, otros historiadores que también han contribuido desde el exterior a la historiografía del PIC y de la participación afrocubana en la liberación de Cuba—Louis A. Pérez, Alejandro de la Fuente, Ada Ferrer, Michael Zeuske, entre otros³⁰—no tienen el honor de aparecer en las notas y en las 26 páginas de bibliografía, en su inmensa mayoría compuesta de libros no citados. Además, las fuentes primarias en las cuales Rodríguez fundamenta su interpretación de la tragedia de los Independientes de Color se limitan a dos categorías: periódicos cubanos burgueses y documentos estadounidenses provenientes casi exclusivamente de los rollos 6 y 7 de una nunca explicada «NA/RS, microcopy 488», que logré identificar como United States National Archives, RG (Record Group) 59, 837.00. Rodríguez no investigó en archivos cubanos, tampoco revisó las publicaciones del PIC que se encuentran en Cuba. Como todo historiador lo sabe, la selección de las fuentes primarias—en este caso fuentes estadounidenses y representativas de la burguesía capitalista cubana—predetermina los resultados de la investigación, razón por la cual es preciso diversificarlas y cruzar las visiones de los dominantes con las de los dominados.

La publicación en Cuba de *La conspiración de los iguales* menos de dos años antes del centenario de la masacre de 1912 provoca más preguntas que respuestas. ¿Qué quiso hacer Rolando Rodríguez? ¿Prevenir cualquier conmemoración de la tragedia? ¿Obligar a aquellos que los intenten a adoptar una postura de defensa, a comprobar que el PIC no era anexionista, en vez de focalizar en el programa del partido y en el racismo que permitió su aniquilación? Afortunadamente, con el documental de Gloria Rolando, los cubanos disponen ahora de una obra cinematográfica que permitirá ampliar el debate y abrirlo a nuevas audiencias. Cien años después de la matanza de 1912, ya es tiempo de romper el silencio sobre el papel de protagonistas que tuvieron los afrocubanos en la historia de Cuba. Hacerlo no dividirá a los cubanos entre sí. Al contrario, como lo expresó Sekou (Yosmel Sarrías), del grupo Anónimo Consejo, en una entrevista que le hice en 2003, dará a los afrocubanos el «orgullo de su pasado» necesario «para seguir adelante».

NOTAS

- ¹ Rafael Conte y José M. Capmany, *Guerra de razas (negros y blancos en Cuba)* (La Habana: Imprenta Militar Antonio Pérez, 1912); Gustavo Enrique Mustelier, *La extinción del negro. Apuntes político-sociales* (La Habana: Imprenta de Rambla, Bouza y Cía., 1912).
- ² Alberto Arredondo, *El negro en Cuba. Ensayo* (La Habana: Editorial «Alfa», 1939).
- ³ La edición original es Serafín Portuondo Linares, *Los Independientes de Color. Historia del Partido Independiente de Color* (La Habana: Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1950).
- ⁴ Serafín Portuondo Linares, *Los Independientes de Color. Historia del Partido Independiente de Color* (2da. edición corregida y mejorada [sic], La Habana: Editorial Caminos, 2002), p. 187, 191.
- ⁵ [Blas Roca], «Sobre el libro 'Los independientes de color.'» *Fundamentos* 11 (mayo de 1951), p. 481-488; Sergio Aguirre, «Los independientes de color.» *ibid.*, p. 476-481.
- ⁶ Sergio Aguirre, «El cincuentenario de un gran crimen.» *Cuba Socialista* 2 (diciembre de 1962), p. 33-51; Leopoldo Horrego Estuch, «El alzamiento del doce.» *Bohemia* 59 (23 de junio de 1967), p. 18-22.
- ⁷ Dirección política de las F.A.R., ed., *Historia de Cuba* (1967; reprint, Havana: Instituto Cubano del Libro, 1971), p. 561-566. El principal autor de esta obra es el historiador Jorge Ibarra.
- ⁸ Ver, por ejemplo, Joel James, *La república dividida contra sí misma* (Havana: Instituto Cubano del Libro, 1974), p. 160-171; Julio LeRivend, *La república. Dependencia y revolución* (4. ed. rev.; Havana: Instituto Cubano del Libro, 1975), p. 122-126.
- ⁹ Pedro Serviat, *El problema negro en Cuba y su solución definitiva* (La Habana: Empresa Poligráfica del CC del PCC, 1986).
- ¹⁰ *Ibid.*, p. 168.
- ¹¹ *Ibid.*, p. 94. Ver también p. 84.
- ¹² *Ibid.*, p. 89.
- ¹³ *Ibid.*, p. 91-92.
- ¹⁴ Alejandro de la Fuente, *A Nation for All: Race, Inequality, and Politics in Twentieth-Century Cuba* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2001), p. 312-313, 330.
- ¹⁵ Tomás Fernández Robaina, *El negro en Cuba, 1902-1958. Apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1990), p. 108.
- ¹⁶ Tomás Fernández Robaina, *Bibliografía de temas afro-cubanos* (Havana: Biblioteca Nacional «José Martí», 1985).
- ¹⁷ Fernández Robaina, *El negro en Cuba*, p. 108.
- ¹⁸ *Ibid.*, p. 187.
- ¹⁹ Aline Helg, *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1995). El libro ganó los premios Wesley-Logan (American Historical Association) en 1995, Elsa Goveia (Asociación de Historiadores del Caribe) en 1997 y Gordon K. Lewis Memorial (Asociación de Estudios del Caribe) en 1998.
- ²⁰ Aline Helg, *Lo que nos corresponde: La lucha de los negros y mulatos por la igualdad en Cuba, 1886-1912*, trad. del inglés [EE.UU.] por José Antonio Tabares del Real (La Habana: Imagen Contemporánea, 2000).
- ²¹ Silvio Castro Fernández, *La Masacre de los independientes de color en 1912* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2002).
- ²² María de los Ángeles Meriño Fuentes, *Una vuelta necesaria a mayo de 1912* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2006); Ver también Ricardo Rey Riquenes Herrera, *Guantánamo en el vórtice de los Independientes de Color* (Guantánamo: Editorial El Mar y la Montaña, 2007).
- ²³ Rolando Rodríguez, *La conspiración de los iguales. La protesta de los Independientes de Color en 1912* (La Habana: Imagen Contemporánea, 2010).
- ²⁴ Rafael Fermoselle nació en La Habana en 1946 y emigró a Estados Unidos en 1962. Obtuvo un doctorado de la American University de Washington, D. C. en 1972. Durante varios años colaboró con el FBI y fue empleado por los Servicios Exteriores estadounidenses hasta su jubilación. Ver su autobiografía, Rafael Fermoselle, *It's A Jungle Out There! Memoir of a Spook* (Trafford, Victoria, B.C., Trafford Publishing, 2006).
- ²⁵ Rafael Fermoselle, *Política y color en Cuba: la guerrita de 1912* (Montevideo: Ediciones Geminis, 1974), especialmente p. 182-187 y 198-199.
- ²⁶ Beaupré a secretario de estado, 24 de mayo 1912, United States National Archives, Record Group 59, 837.00/637.
- ²⁷ Rodríguez, *La conspiración de los iguales*, p. 5-6.
- ²⁸ Ver Jean Bruhat, *Gracchus Babeuf et les Égaux ou « le premier parti communiste agissant »* (Paris : Librairie académique Perrin, 1978).
- ²⁹ Oscar Zanetti Lecuona, *Isla en la historia: la historiografía de Cuba en el siglo XX* (La Habana: Ediciones Unión, 2005).
- ³⁰ Ver Louis A. Pérez, Jr., «Politics, Peasants, and People of Color: The 1912 'Race War' in Cuba Reconsidered», *Hispanic American Historical Review* 66 (Agosto de 1986), p. 509-539; Ada Ferrer, *Insurgent Cuba: Race, Nation, and Revolution, 1868-1898* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999); Fuente, *A Nation for All; Ciudadanos en la nación*; Olga Portuondo Zúñiga y Michael Max P. Zeuske Ludwig, coord. (Alemania-Santiago de Cuba: Fritz Thyssen Stiftung-Oficina del Conservador de la Ciudad, 2002).